

El Canto de los Delfines



Numero 3, 2017

El hogar y la nariz

Christian Sigüenza

Mi memoria se encierra en mis sentidos, y en la competición para ver cuál sale campeón es la memoria de la nariz que reina suprema. El olor de ese viejo apartamento envuelve mi memoria. Han pasado 20 años desde la última vez que descansé en 737 North Vendome St., pero no puedo ir un par de días sin un recordatorio de su existencia. Justo hoy estaba manejando al trabajo, y había un coche a mi lado mientras esperaba la luz verde. El coche era blanco, oxidado, y con golpes. Era un Toyota de los 80s con una campista llena de herramientas de jardinería. Tenía un viejo sticker en la puerta del manejador que decía "Jesus salva". Esa bestia era ruidosa también, podía oír los golpes que venían del muffler y, por su olor, no lo dudo que necesitaba un cambio de aceite. Miré hacia la bestia y vi al conductor. Su mano derecha en el volante, y su brazo izquierdo colgaba por la ventana—un cigarrillo entre el índice y el dedo medio. El olor del cigarrillo pasó de sus dedos a mi nariz. Una vez que me golpeó supe al instante qué fumaba. Marlboro Lights. Así fue como llegué a esa casa vieja mientras esperaba la luz verde.

Estaba oscuro afuera y mi hermano y yo mirábamos la televisión. Para que el *bill* de electricidad saliera bajo mi mamá se pasaba de cuarto a cuarto apagando cada luz y desenchufando cada conexión eléctrica. Ella se dirigía primero a nuestro cuarto, después al baño, y luego a la cocina. Una vez que todas las luces estuvieran apagadas, se paraba al lado de la puerta principal y nos decía "voy a estar afuera". Mi hermano y yo respondíamos con "sí, sí, sí, ok, mah". Desde el exterior sólo se podía ver el brillo de la pantalla y las siluetas de dos pequeños cuerpos sentados a pocos pies de ella. Me quedaba mirando desde el interior para afuera y sólo una pequeña brasa naranja era visible en la oscuridad de la noche. Con cada inhalación del cigarrillo, la brasa se intensificaba. Yo sabía exactamente cuánto tiempo se quedaba por la cara de mi madre— 4 segundos. Después de los cuatro segundos el cigarrillo descansaba temporalmente en el lado de su pierna hasta que llegaba el momento para otro jalón. No sé si mi madre sabía o se preocupaba, pero el olor de su cigarrillo viajaba a cada cuarto, aunque ese olor nunca me molestó. Un cigarrillo indicaba el fin del día, más de uno significaba un día largo y estresante. No fue hasta ya mayor que me di cuenta de que esa pequeña recompensa era necesaria para que mi mamá permaneciera cuerda, mientras criaba a dos varones.



La mañana era diferente. Cuando me despertaba temprano podía oler el aire fresco aún no maleado por el tráfico. Lo mejor siempre eran los primeros meses de otoño, cuando no estaba ni muy caliente, ni muy frío. Entonces dormíamos con la ventana abierta, pues si la dejábamos cerrada siempre nos despertábamos en medio de la noche por nuestro propio sudor. El cuarto era pequeño y lo compartíamos los tres—mi madre, mi hermano mayor, y yo. Así que la ventana siempre se quedaba abierta.

Era la década de los 90 y tener un coche diésel todavía estaba de moda. Teníamos un vecino a quien le gustaban esos coches, eran baratos, y siempre necesitaban reparación. La ventana de nuestra habitación estaba cerca del garaje y podíamos escuchar el colgar de las llaves, el abrir y cerrar de puertas del coche, y la voz del Cucuy de la Mañana en los altavoces del coche. Una vez que oíamos al Cucuy en el radio del coche, sabíamos que le seguiría un mal olor. Don Armando trabajaba de mecánico, pero con todo su conocimiento automotriz, no podía deshacerse del olor que emitía el viejo Datsun. Apestaba a huevo, gasolina, y metal oxidado. El humo del cigarrillo de mi madre era agradable, pero el coche de don Armando era sobrecargado y nauseabundo. Se deshizo de ese coche. Lo vendió por 250 dólares con el fin de darle a su hijo mayor Henry una fiesta de cumpleaños. La única vez que disfrutaba el olor de huevo era en la mañana cuando mi madre preparaba el desayuno, especialmente los fines de semana.

Todo mundo en el edificio parecía competir por tener el volumen más alto del estéreo. Un vecino tocaba quebraditas, otro un poco de salsa, los más jóvenes Tupac o Ice Cube, y mi madre merengue, Bob Marley, Whitney Houston, o Pink Floyd. Nuestro estéreo siempre sonaba más alto que todos los demás y la enorgullecía saberlo. Ella se ocupaba de él, hacía los pagos hasta que dejó de hacerlo y declaró calmadamente que era completamente suyo. Disfrutaba yo del merengue porque iba acompañado de su baile en la cocina mientras preparaba el desayuno. Bailaba al ritmo, le gritaba a mi hermano y me despertaba a mí para desayunar su delicioso casamiento con huevos, plátanos con crema, queso, y un pan bolillo. Ese rico olor siempre marcaba el comienzo de un buen día.

No extraño el olor del cigarro, ni del coche del vecino. Lo que extraño son las memorias que, aunque parecen insignificantes, vislumbran tiempos remotos de mi niñez.

Sobre El Autor

Originario de Los Ángeles, Christian fue criado por su madre soltera quien salió de El Salvador durante la guerra civil. Fotógrafo y escritor, Christian está en busca de un mayor entendimiento de lo que significa ser latino dentro del escenario norteamericano que está en constante cambio.

